

y el Jurado que tan acertadamente ha sabido elegir.

A uno y otro enviamos desde estas columnas nuestras más expresivas gracias.

Muchas son las personas que han desfilado por nuestro salón de la Avenida del Conde de Peñalver, y pocas las que han callado su opinión. La mayoría nos ha felicitado por la índole de las fotografías premiadas y por la afición que ellas revelan en nuestros clientes.

Cuando se organiza un Concurso no se piensa en los inconvenientes; todo parece fácil, todo parece trillado. En realidad todo es fácil y bonito. Un Concurso es un acicate para el amor propio, es algo que enardece y apasiona; por eso despierta fácilmente el entusiasmo, y por eso los que lo organizan hallan con facilidad eco entre el público. Así, desde que se anuncia hasta que se cierra el Concurso todo marcha a pedir de boca. Las fatigas comienzan en el momento de la elección. Podríamos decir que lo espinoso del Concurso se reserva siempre para el Jurado, y lo placentero para los concurrentes y los organizadores, porque bien lo dice el refrán: «a quien le dan qué escoger, le dan en



Facsimil del diploma concedido a D. Fernando Agea. Los demás diplomas son iguales. Únicamente en los de las Menciones la redacción varía.

qué entender». En el caso actual el Jurado se encontró con numerosas fotografías de muy diversa índole. ¿A cuáles concedería la prioridad?

Por un lado las había inspiradas; por otro lado las había bien hechas.

¿Cuál había de ganar a cuál?

El Jurado tenía que adoptar un criterio, y este criterio no podía ser otro sino el que le imponían las mismas bases del Concurso.

Es antiguo el debate sobre el valor de la espontaneidad y de la técnica en el arte. Hay quien niega todo el valor artístico de la técnica y hay quien pone a ésta muy por encima de la inspiración.

Nosotros, actuando en esta contienda



D. Fernando Agea, de La Línea.

Autor de la fotografía premiada con 2.500 pesetas en el Gran Concurso Kodak de 1921.